

George Berkeley

*Obediencia pasiva* y otros  
escritos

Traducción, introducción y notas  
de Alberto Luis López



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *A Discourse on Passive Obedience. Advice to the Tories Who Have Taken the Oath. An Essay towards Preventing The Ruin Of Great Britain. Discourse To Magistrates & Men In Authority. A word to the wise: or, an exhortation to the Roman Catholic clergy of Ireland. Maxims Concerning Patriotism.*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: © Incamerastock/Alamy/Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción, introducción y notas: Alberto Luis López, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-965-2

Depósito legal: M. 3.399-2025

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Estudio introductorio
  - 9 1. Vida y obra
  - 24 2. Estudio sobre la obra política y social de Berkeley
- 33 Conclusiones
- 35 Bibliografía
- 43 Sobre esta edición
  
- 47 Obediencia pasiva
- 49 Introducción
- 55 Obediencia pasiva O la doctrina cristiana de no resistir al Poder Supremo, probada y defendida conforme a los principios de la Ley de la Naturaleza. En un Discurso pronunciado en la Capilla del Colegio
- 55 Al lector [15]
- 56 Obediencia pasiva [17]
  
- 103 Consejo a los tories que han prestado los juramentos
- 105 Introducción
- 109 Consejo a los tories que han prestado los juramentos
- 116 El juramento de lealtad
- 116 El juramento de abjuración
  
- 119 Un ensayo para prevenir la ruina de Gran Bretaña
- 121 Introducción

- 125 Un ensayo para prevenir la ruina de Gran Bretaña
- 149 Discurso dirigido a los magistrados y hombres de autoridad
- 151 Introducción
- 157 Discurso dirigido a los magistrados y hombres de autoridad. Ocasionado por la enorme licencia y la irreligión de los tiempos
- 157 Discurso dirigido a los magistrados y hombres de autoridad
- 187 Informe a la Cámara irlandesa de los Lores
- 191 Dos cartas con motivo de la rebelión jacobita
- 193 Introducción
- 197 Dos cartas con motivo de la rebelión jacobita
- 197 Una carta a su clero
- 199 Una carta a los católicos romanos de la diócesis de Cloyne
- 203 Una advertencia o exhortación al clero católico romano de Irlanda
- 205 Introducción
- 209 Una advertencia o exhortación al clero católico romano de Irlanda
- 209 Una advertencia
- 231 Máximas sobre el patriotismo
- 233 Introducción
- 237 Máximas sobre el patriotismo
- 241 Notas

# Estudio introductorio

## 1. Vida y obra

George Berkeley, hijo del inglés William Berkeley y la irlandesa Elisabeth Southerne, nació el 12 de marzo de 1685 en el condado de Kilkenny, al sureste de Irlanda, y se crio en Dysart Castle, cerca del pequeño poblado de Thomastown en el mismo condado<sup>1</sup>. En 1696 ingresó a la escuela del duque de Ormond (conocida como Kilkenny School) y en 1700, aún sin cumplir los 15 años, se matriculó en la universidad de Dublín, conocida como Trinity College. Su familia corrió con los gastos porque Berkeley no contaba con beca o subsidio alguno; sin embargo, en 1701 fue elegido para una exposición escolar y gracias a ella ganó una beca para el siguiente año lectivo. Tras concluir sus estudios se graduó como Bachelor of Arts (B. A.) en la primavera de 1704.

Luego de graduarse, mientras esperaba una oportunidad para competir por un puesto en la universidad, trabajó en temas matemáticos que derivaron en la publicación de dos obras en latín en 1707: *Miscelánea matemática y Aritmética demostrada sin el álgebra o sin Euclides*. El 9 de junio de ese mismo año se convirtió en Junior Fellow, ingresando con ello a la vida académica. El 19 de noviembre de 1707 leyó su artículo «De infinitos» en la Dublin Philosophical Society, una obra matemático-filosófica que no fue publicada hasta después de su muerte. Además de cumplir con sus obligaciones docentes, Berkeley estudió teología, fue ordenado diácono en febrero de 1709 y sacerdote al siguiente año. En esa época publicó el *Ensayo para una nueva teoría de la visión* (1709) y el *Tratado sobre los principios del conocimiento humano* (1710), obra que le dio un lugar importante en la historia de la filosofía. A la par de sus intereses epistemológicos, el joven filósofo mostró una franca preocupación por los problemas sociales y políticos de su entorno, que lo llevaron a dictar una serie de sermones en la capilla del Colegio, que fueron publicados de forma póstuma bajo el título de *Discurso sobre la obediencia pasiva* (1712).

A pesar de que Berkeley conservó su vínculo laboral con el Trinity College hasta 1724, pasó gran parte del periodo comprendido entre 1713 y 1724 lejos de Dublín. Por ejemplo, en enero de 1713 se fue a Londres para organizar la publicación de los *Tres diálogos entre Hylas y Filonús*, una versión más accesible de su *Tratado*. En esa ciudad entró en contacto con quien sería su gran amigo, Jonathan Swift, y con importantes personajes ingleses como Daniel Defoe, Alexander Pope y Joseph Addison. Su buena relación con Swift hizo que este lo introdujera en la corte y le presentara

algunos nobles, gracias a cuyos contactos tuvo la oportunidad de partir, a finales de año, hacia Italia y Francia<sup>2</sup> como capellán de lord Peterborough, volviendo a Inglaterra en agosto de 1714.

Dos años después, en 1716, regresó a Italia acompañando a George Ashe, hijo del rector del Trinity College y obispo de Clogher. Allí pasó cinco años como tutor, conoció las antigüedades y tesoros artísticos del país, observó fenómenos naturales como la erupción del volcán Vesuvio —experiencia que fue plasmada en unas notas que aparecieron en las *Transactions of the Philosophical Society*—, entró en contacto con la comunidad católica del sur de Italia —de la que dio cuenta en *Una carta al sr. John James* (1741)— y perdió el manuscrito de la segunda parte de su *Tratado*, el cual desafortunadamente nunca volvió a escribir<sup>3</sup>. De regreso a Inglaterra pasó un tiempo en Lyon, Francia, donde escribió su ensayo sobre el movimiento, *De Motu*, que presentó para el gran premio de la Academia de ciencias de París. A principios de 1721 volvió a Londres y para el inicio del año académico 1721-22 estaba ya en Dublín, donde fungió como Senior Fellow (posición que le fue designada en 1717 mientras estaba en Italia). A su regreso a las islas encontró una región sumida en una profunda crisis social causada por el desastre económico de la compañía del Mar del Sur, que lo llevó a publicar ese mismo año *Un ensayo para prevenir la ruina de Gran Bretaña*, donde propuso ampliar las leyes suntuarias, fomentar las artes y volver a una vida más simple.

En mayo de 1724 renunció al Trinity College para convertirse en deán anglicano de Londonderry, aunque nunca residió en esa ciudad del norte porque pasó gran parte de

los siguientes cuatro años en Londres, donde publicó *Una propuesta para el mejor abastecimiento de las iglesias en nuestras plantaciones extranjeras y para convertir a los salvajes americanos al cristianismo* (1724). Por esos años ya planeaba hacer un viaje para establecer un colegio en las islas Bermudas, en el que pretendía educar a los hijos de los colonos y enseñar la religión anglicana a los nativos americanos. Para obtener fondos para su proyecto, logró persuadir al parlamento y a la casa real de que le concedieran una ayuda de veinte mil libras en apoyo a su causa. Las primeras diez mil libras le fueron entregadas por la Cámara de los Comunes con la promesa de darle el resto posteriormente. Confiado en recibir la cantidad prometida, el 1 de agosto de 1728 se casó con Anne Foster, hija del jefe de justicia de Irlanda, y al poco tiempo partieron para América. Se establecieron en Newport, Rhode Island, y compraron una granja donde nacieron sus primeros dos hijos: Henry y George. Berkeley esperó casi tres años la cantidad prometida para construir su colegio, pero para entonces el parlamento había perdido interés en el proyecto y nunca envió el dinero restante. Frustrado su intento evangelizador, el filósofo volvió a Londres a mediados de 1731. Pese al fracaso de su proyecto, la estancia americana no fue infructífera. Durante ese tiempo escribió varios artículos que publicó dos o tres años después de volver a Londres, contribuyó con las incipientes universidades norteamericanas —después nombradas Harvard y Yale— donando cientos de libros, conoció de primera mano la vida en América y, sobre todo, redactó su *Alcifrón o el filósofo minucioso* que publicó un año después de volver de América.

En enero de 1734, año en que publicó *El analista*, fue designado obispo de Cloyne y bendecido el 19 de mayo en la

iglesia de san Pablo en Dublín. Como obispo, se ocupó de la difícil situación económica y social de Irlanda, haciendo lo posible por ayudar a mejorar las condiciones de vida de todos sus habitantes, incluidos los católicos. Entre 1735 y 1737 publicó una serie de artículos titulados *The Querist*, en los que criticó a la metrópoli y pugnó por el desarrollo económico de Irlanda. Los años de la peste (1740-1741) lo llevaron a publicar *Siris o una cadena de reflexiones e investigaciones filosóficas acerca de las virtudes del agua de alquitrán* (1744), obra metafísica y neoplatónica fruto de su encuentro con el uso medicinal del agua de alquitrán usado por los indígenas norteamericanos.

Debido a los estragos causados por la rebelión jacobita de 1745, decidió dirigirse al clero católico en *Una advertencia o exhortación* (1749), recibiendo una agradable respuesta el 18 de noviembre del mismo año en el periódico de Dublín:

Su sincero y cordial agradecimiento al digno autor, asegurándole que está decidido a cumplir con cada particular recomendado por él hasta el máximo de su capacidad. Cada página contiene una prueba de la enorme caridad del autor. Sus puntos de vista son sólo hacia el bien público. [...] Su manera de tratar a las personas, en las circunstancias en que se encuentran, es tan singular que muestra claramente al buen hombre, al caballero cultivado y al verdadero patriota<sup>4</sup>.

La salud de Berkeley se deterioró con la muerte de su hijo William en 1751. Al año siguiente renunció a su obispado y se trasladó con su familia a Oxford para acompañar a su hijo George que allí estudiaba. Murió el 14 de enero de 1753, a los pocos meses de haber llegado, mientras «oía

a su compañera leer unos fragmentos de la Biblia bajo la luz de una tarde de domingo»<sup>5</sup>. Fue enterrado el 20 de enero en la iglesia de Cristo en Oxford, Inglaterra, donde aún permanecen sus restos.

## 2. Estudio sobre la obra política y social de Berkeley

1. La filosofía moral, política y social de Berkeley está presente en los *Cuadernos* o *Notebooks* (1707-1708) —también llamados *Comentarios Filosóficos*—, en *Alcifrón* (1732) y en varios ensayos publicados en *The Guardian* (1713), pero está contenida principalmente en los textos del volumen 6 de las obras completas editadas a mediados del siglo XX por Luce y Jessop. A pesar de su importancia, las ideas morales, sociales y políticas del irlandés son poco conocidas entre los especialistas, lo que se debe a que por mucho tiempo se ha asumido que su idealismo (en sus aspectos epistemológico, ontológico, de filosofía del lenguaje y de crítica matemática), contenido principalmente en los *Principios* de 1710 y en los *Diálogos* de 1713, es lo único importante de su filosofía. En consecuencia, se ha creído que estas ideas, incluidas las económicas, son poco relevantes porque aportaron poco o nada a los grandes debates teóricos de la época. Esa opinión se debe, en parte, a que Berkeley no aparece en las historias del pensamiento político y económico ni es reconocido por estar entre los grandes teóricos de la filosofía política, como sí lo está entre los de la historia de la filosofía o incluso en la de la matemática. Otro motivo para sustentar esa opinión es el hecho de que fue un obispo anglicano defensor de Dios, lo cual genera el prejuicio

cio inmediato, incluso entre especialistas, de que debe tratarse de un conservador con ideas políticas anticuadas e indefendibles en la actualidad y que, por lo mismo, no vale la pena ser estudiado.

Frente a estas opiniones, hace más de medio siglo Paul Olscamp y Timothy Sullivan<sup>6</sup> señalaron en un par de artículos, de 1968 y 1970 respectivamente, el error de restarle importancia a sus ideas. Defendiendo esa misma tesis, Olscamp publicó en 1970 su famoso libro sobre la filosofía moral de Berkeley<sup>7</sup>, el cual dio un impulso importante a los estudios sobre los aspectos éticos y morales de la filosofía del irlandés. A pesar de ese impulso, las ideas sociales y políticas continuaron siendo poco estudiadas por los especialistas. En los siguientes treinta años hubo algunos artículos en revistas y capítulos en volúmenes colectivos sobre esa parte olvidada, pero no había mayores señales de que fuera a ser tomada en cuenta por los estudiosos como complemento indispensable al estudio de las tesis epistemológicas<sup>8</sup>. Sin embargo, con la llegada del siglo XXI, esta actitud comenzó a cambiar. Por ejemplo, en el *Cambridge Companion to Berkeley* (2005) se incorporó un capítulo de Stephen Darwall sobre la filosofía moral y política de Berkeley<sup>9</sup>. En 2010 Scott Breuninger<sup>10</sup> publicó un libro excepcional desde la perspectiva de la historia de las ideas en el que analiza el contexto y contenido de las principales obras sociales y políticas del irlandés. Esto propició que cuatro años más tarde Daniel E. Flage (2014)<sup>11</sup> tocara temas de filosofía moral, política y social en los capítulos siete y ocho de su libro introductorio sobre Berkeley. En 2015, Sébastien Charles<sup>12</sup> editó un libro en la Voltaire Foundation de Oxford dedicado exclusivamente a temas morales, sociales y políticos.

Esta última obra es relevante no sólo por los artículos que contiene, sino por el enfoque mismo, ya que en la introducción el editor recuerda que la filosofía del irlandés está más engrazada de lo que normalmente se cree y afirma sin titubeos que «el pensamiento político y social de Berkeley [...] es la piedra de toque sobre la que se edifica la doctrina inmaterialista»<sup>13</sup>. La obra de Charles dio paso al libro de Tom Jones (2021), quien interpreta la biografía intelectual de Berkeley retomando su contexto y muchos de los aspectos sociales y políticos de su vida<sup>14</sup>.

Nos encontramos en un momento en el que la obra social y política de Berkeley genera mayor interés y está siendo cada vez más valorada entre los estudiosos. Esto es comprensible no sólo por la época actual, que exige mayor apertura e inclusión en todos los ámbitos del conocimiento, sino, sobre todo, porque los propios especialistas del pensamiento berkeleyano se están dando cuenta de que el proyecto filosófico del irlandés lo demanda.

II. En cuanto a las ideas sociales y políticas de Berkeley, es por lo demás interesante que, cuando se revisan los diversos textos que las contienen, y más aún cuando se leen en conjunto, uno se percata fácilmente de que no se trata de ideas aisladas o de simples respuestas puntuales a situaciones específicas. Por el contrario, esas ideas están relacionadas entre sí y, directa o indirectamente, se vinculan también con el proyecto inmaterialista porque complementan sus postulados. Esto se traduce en que mientras el *Ensayo*, los *Principios*, los *Diálogos*, el *De Motu* y *El analista* conforman la parte teórica —epistemológica, ontológica, científica y matemática— del proyecto berkeleyano, las obras sociales

y políticas que se incluyen en este volumen —junto con las morales contenidas en *Alcifrón* y en algunos *Ensayos* en *The Guardian* y las económicas en *The Querist*— constituyen la parte práctica del mismo.

Esta lectura del pensamiento de Berkeley obliga a entender que tanto las obras teóricas, ya bien conocidas y estudiadas, como las que tienen un enfoque más práctico forman parte de un mismo proyecto que no es sólo el inmaterialista, como normalmente se cree. De hecho, quizá lo más correcto sea decir que el inmaterialismo es una primera etapa del proyecto berkeleyano. En conjunto, se trata de un programa que tiene tres características: 1) es humanista, porque pone al ser humano como centro de sus reflexiones y aspira a que estas coadyuven a que alcance un bienestar espiritual que se traduzca en uno social; 2) es ilustrado, porque pone a la razón como garante de los argumentos y como guía de las reflexiones; 3) es cristiano y específicamente protestante (anglicano), porque considera que la fe cristiana, en su vertiente anglicana, impulsa la verdad y da los mejores frutos individuales y sociales; es decir, busca que el ser humano reconozca a Dios y que dedique tiempo a su contemplación porque al hacerlo obtendrá un beneficio personal y colectivo.

Esto último, de la mano con las otras dos características, es lo que lo llevó a asumir que para alcanzar ese estado de bienestar era imprescindible la defensa de la religión cristiana y, con ella, de la figura de Dios, porque habían sido —y Berkeley daba por hecho que seguían siendo— elementos centrales en la conformación de la sociedad al otorgarle valores, normas y un sentido de trascendencia (concepción que retomó Turgot en el primero de sus dos discursos de

1750 sobre el progreso humano<sup>15</sup>). Por lo tanto, es importante hacer notar que la defensa de Berkeley del cristianismo no se debió únicamente a que se tratase de un miembro prominente de la Iglesia de Irlanda y tampoco fue resultado de un simple dogmatismo religioso; por el contrario, su actitud apologética fue consecuencia de su preocupación por el ser humano y, en particular, por la decadencia social y moral en que en su opinión estaban sumidos los habitantes de Irlanda y de Inglaterra. El filósofo irlandés asumió entonces que frente a la crisis de valores de su época, que confirmó en sus viajes por Europa y en su estancia en América y que consideró que era resultado de una serie de circunstancias históricas, sociales y políticas, el único antídoto efectivo era la defensa racional de lo mejor de la religión cristiana. Al respecto, quizá sea *Alcifrón* la obra que mejor representa este espíritu humanista, ilustrado y cristiano de Berkeley.

El inmaterialismo berkeleyano, por tanto, no debe entenderse únicamente como una postura epistemológica, sino más bien como parte de una actitud teórica que buscaba hacer frente a las deterioradas condiciones morales, sociales y políticas del momento. Visto así, como parte de un programa humanista, ilustrado y cristiano, cobra pleno sentido, porque tiene el mismo objetivo que sus escritos sociales y políticos, a saber, luchar contra el librepensamiento pero también contra el deísmo, el ateísmo y el escepticismo, posturas filosóficas y teórico-vivenciales que para Berkeley eran defendidas por quienes querían socavar los cimientos de la sociedad de su tiempo. Así, en el proyecto berkeleyano, mientras el inmaterialismo de las primeras obras atacaba teóricamente la noción de materia, por ser

confusa, contradictoria, inaccesible intelectualmente y por causar desvíos epistemológicos (lo que traía graves consecuencias para el conocimiento), las obras sociales y políticas contenidas en este volumen refutaban los efectos prácticos que esa doctrina originaba y que se traducían en males sociales concretos. Por ello redactó, casi a la par de los *Principios* y de los *Diálogos*, escritos sociales y políticos que cuestionaban las prácticas y los hábitos de los librepensadores por ser peligrosos para la sociedad (postura semejante a la que adoptó Voltaire en el mismo siglo XVIII al criticar el ateísmo<sup>16</sup>). En este sentido, se puede decir que el pensamiento político y social de Berkeley es origen y destino o, en otras palabras, causa y efecto. Por un lado, sus intereses sociales, que surgieron a la par de los teóricos, sirvieron para construir y apuntalar la doctrina inmaterialista; por otro lado, una vez elaborada dicha doctrina, esta llevaba inexorablemente a las consecuencias prácticas que denunciaba Berkeley, es decir, a sus intereses y preocupaciones sociales y políticos.

III. Finalmente, es importante mencionar que la mayoría de las cuestiones morales y políticas que abordó Berkeley fueron resultado, además de sus preocupaciones filosóficas, de su contexto y de su época. En este sentido, quizá el acontecimiento que más lo definió fue la llamada Revolución Gloriosa (1688) porque dio lugar al empoderamiento en Irlanda de la clase anglicana de origen inglés o Ascendencia protestante, de la que él mismo era miembro. Cuando se habla de la Ascendencia, uno se refiere en el fondo al sistema reinante en la isla desde finales del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII<sup>17</sup>. Ese sistema se caracterizó porque

los miembros protestantes de la Iglesia de Irlanda ejercieron un control total sobre los asuntos irlandeses, lo que trajo como consecuencia la creación de una nación con dos sociedades distintas: una pequeña clase protestante privilegiada y una mayoría católica oprimida. Paradójicamente, con el paso del tiempo esa política fomentó que muchos jóvenes de la Ascendencia se asumieran irlandeses *de facto*, no sólo *de iure*, y comenzaran a cuestionar su propio sistema social y político. Ese fue el caso de varios polímatas y hombres de letras como Jonathan Swift, Edward Sygne, Samuel Madden, Thomas Prior, Richard Steele y el propio Berkeley, entre muchos otros. Se entiende ahora por qué Kearney sostiene que «difícilmente se podría decir que los escritos de Berkeley se restringieron a temas abstractos. Era el equivalente al comentario de los filósofos contemporáneos más eruditos sobre el actual estado político de Irlanda del Norte»<sup>18</sup>.

Es indudable que el hecho de pertenecer a la Ascendencia y de vivir, desde las Leyes de Poyning (1494), en una nación subordinada al Parlamento inglés —lo que se ratificó en 1541 cuando el propio Parlamento irlandés reconoció a Enrique VIII como su monarca— explica por qué el pensamiento social y político de Berkeley, aunque ligado a sus intereses filosóficos, gira en torno a tres grandes cuestiones vinculadas entre sí: la religiosa, la política y la económica<sup>19</sup>.

#### a) La cuestión religiosa

En cuanto a la religión, hubo dos corrientes determinantes en las preocupaciones religiosas del filósofo irlandés: el ateísmo y el movimiento deísta del siglo XVII, con su ramifi-

cación en el librepensamiento del siglo XVIII<sup>20</sup>. El deísmo, definido en un diccionario de 1726 como «la creencia de aquellos que, negando toda religión revelada, reconocen sólo la natural»<sup>21</sup>, estaba conformado según Berkeley por dos tipos de individuos: los que se preocupaban por buscar una religión pura y los que participaban en disputas por el mero placer de causar controversias teológicas. A estos últimos los denominó en *Alcifrón* deístas de nombre o librepensadores porque sólo profesaban la religión cristiana por prudencia social y para evitar el rechazo de la comunidad y, además, porque en realidad se comportaban como libertinos al trivializar y menospreciar cuestiones tan importantes como la religión y sus artículos de fe. David Berman explica que Berkeley prefirió hablar de filósofos minuciosos en vez de librepensadores, aunque en la práctica utilizó ambos términos como sinónimos, porque la expresión ‘librepensador’ conllevaba una «fuerza emotiva positiva»<sup>22</sup>. Eso propició, por ejemplo, que alguien como Anthony Collins se sirviera de esa expresión en su *Discourse of Free-thinking* (1713) para denominar a los individuos que, haciendo uso de su razón, criticaban el cristianismo (algo que para Berkeley resultaba inaceptable).

Para el autor de los *Principios*, quien dedica el ensayo «Minute Philosophers» en *The Guardian* y todo el primer diálogo de *Alcifrón* a describir críticamente a los filósofos minuciosos, esos pseudofilósofos habían pasado de ser un número reducido, una secta limitada a las bibliotecas, a convertirse en un fenómeno social con gran presencia en los salones de toda Europa.

Fueron tres los principales motivos que lo llevaron a rechazar a los llamados librepensadores o filósofo minucio-

sos: 1) porque menospreciaban la religión por considerar que se trataba de una doctrina llena de falsedad, prejuicios, supersticiones y misterios que había que erradicar; 2) porque criticaban al clero por mundano, ambicioso y corrupto y 3) porque erosionaban el papel del Estado al afirmar que utilizaba a los magistrados y a la Iglesia para defender los derechos de nacimiento y con ello conservar el *statu quo*, es decir, mantener el control social y político. Los filósofos minuciosos —tal y como fueron caracterizados por el irlandés— sostenían que estos tres actores: clero e Iglesia (religión) y Estado (políticos y magistrados), se servían del temor y la superstición inculcadas a los niños, como la creencia en la inmortalidad del alma y la existencia de una vida futura de premios y castigos, para hacerlos dóciles y fácilmente manipulables. Resulta evidente que para un miembro activo de la Iglesia de Irlanda, como lo era el autor de *Alcifrón*, esas ideas eran inaceptables, por lo que se entiende su rechazo a ese grupo emergente.

Sin embargo, la cuestión religiosa en Berkeley no debe reducirse a sus críticas teóricas al ateísmo, al deísmo o al librepensamiento, ni tampoco puede entenderse como el resultado inevitable de su fervor religioso. Para comprenderla correctamente hay que tener en cuenta, además de lo anterior, la importancia que tuvo para él la condición de miembro de la Ascendencia protestante, la cual explica, o al menos ayuda a entender, por ejemplo, su actitud parcialmente conciliadora con el catolicismo irlandés. Sobre esto último, si bien es cierto que se mostró favorable a que los católicos fueran admitidos en el Trinity College sin la necesidad de convertirse y sin que fueran obligados a asistir al catecismo o a conferencias de teología anglicana, y que apo-

yó la cooperación entre iglesias en su parroquia a la par que mantuvo un diálogo con sus compatriotas católicos —basta leer sus *Dos cartas* de 1745 sobre la rebelión jacobita—, también es cierto que asumió esa actitud porque era útil a los intereses del protestantismo irlandés. Esa doble motivación, tanto caritativa como utilitaria, lo llevo a abogar por seguir el ejemplo de los jesuitas de París, quienes «admiten protestantes para estudiar en sus colegios». Al proporcionar educación a los católicos adinerados de Irlanda, por una parte se seguía el evangelio, algo de suma importancia, y por otra se podía «mantener el dinero en el Reino y evitar los prejuicios de una educación extranjera» (*The Querist* 191).

Esta actitud de Berkeley, por momentos ambigua, fue también consecuencia de su contexto, ya que el pensamiento filosófico irlandés de entre 1690 y 1750, elaborado predominantemente por miembros de la Ascendencia protestante con figuras de la talla de John Toland<sup>23</sup>, Peter Browne, William King, Francis Hutcheson, Robert Clayton y Edmund Burke, y figuras menores como Edward Synge (padre e hijo), Thomas Emlyn, Henry Dodwell, Philip Skelton y John Ellis, se caracterizó por el «impulso» teológico<sup>24</sup> y por la tendencia contraria a la Ilustración anticlerical y laica. Este pensamiento irlandés, básicamente protestante, buscaba entre otras cosas justificar su estatus de élite gobernante contra las tendencias del libre pensamiento, característico de una parte de la Ilustración, y las simpatías jacobitas de la población católica. Por ejemplo, tanto Swift en *Un argumento contra la abolición del cristianismo* (*An Argument Against the Abolishing of Christianity*, 1711) como Berkeley consideraron que aceptar la postura de Toland,

que propuso en *Christianity not Mysterious* (1696) una religión librepensadora, racional y tolerante (latitudinarismo) que reconciliara todos los credos y comunidades religiosas, conllevaba aceptar el deísmo de la época y permitir el papismo en las islas británicas, lo que significaba perder su posición de clase privilegiada tanto en el ámbito religioso como en el político. Esto fue uno de los motivos, no el único, de por qué Berkeley rechazó en *Alcifrón* la posibilidad de una religión racional o no misteriosa, al estilo de Toland, que excluía los misterios de la fe: «La existencia de un Dios puede probarse claramente y ser objeto propio de la razón humana, mientras que es un intento vano esforzarse por explicar y probar mediante la razón los misterios de su naturaleza y de hecho cualquier cosa que haya de misterio en la religión»<sup>25</sup>.

En el fondo, el ataque contra los filósofos irlandeses pro-Ilustración, o mejor dicho pro-librepensamiento, como Toland y Emlyn se debió a que «si la nación ya no creyera en los misterios cristianos ya no habría una justificación teológica sólida para la existencia de *diferentes* religiones cristianas y, por extensión, ninguna razón sólida para defender las Leyes Penales en Irlanda que salvaguardaban los privilegios de la Ascendencia anglicana»<sup>26</sup>. En consecuencia, la postura conservadora de Berkeley en el ámbito religioso, al igual que la de la mayoría de los filósofos de la Ascendencia irlandesa del siglo XVIII, fue motivada no sólo por su fe y por sus convicciones filosóficas, sino también por el miedo a que como clase dominante «el librepensamiento como fuerza tolerante, iluminadora y opositora pudiera socavar insidiosamente el status privilegiado de la Ascendencia. [...] Los anglicanos irlandeses necesitaban los misterios

cristianos para dividir, explicar o (como dirían algunos) mistificar»<sup>27</sup>.

## b) La cuestión política

En tiempos de Berkeley el clima político de Irlanda era incierto porque la isla dependía enteramente de la corona inglesa. Jacobo II, último monarca católico inglés y partidario de otorgar derechos a la isla vecina, había sido derrotado por Guillermo III de Orange en la batalla del Boyne. La reina Ana no tenía heredero y su medio hermano, Jacobo III («el viejo pretendiente»), buscaba recuperar el trono arrebatado a su padre, por lo que la ascendencia protestante vivía en zozobra por la sucesión y preocupada por asegurar su control político y territorial en la isla. Como era de esperarse, este ambiente influyó en que Berkeley, en el ámbito político, hiciera suya la postura conservadora propia de la Ascendencia.

Una vez asumida esa postura política, consideró que las ideas que se propagaban en la época, como la crítica al régimen imperante y a la religión establecida, la fe ciega en la razón propiciada por el secularismo y los crecientes deísmo, ateísmo y librepensamiento reflejaban en conjunto el proceso de deterioro y descristianización de Europa, resultado de la profunda crisis religiosa, política y económica en que encontraba sumido el continente. En este contexto histórico y sociopolítico debe entenderse su crítica a los librepensadores, a quienes censuró por no ser verdaderos filósofos y por no ser auténticos cristianos. Por eso los describió en algunas obras como descendientes de saduceos y de epi-